

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ A DAR VIDA

(2° REYES 4.18–37; 8.1, 5)

DAVID ROPER

Seguimos nuestro estudio del relato de Eliseo y la sunamita. En la lección anterior, vimos a Eliseo como *el hombre que dio vida*, cuando contribuyó decisivamente a que sus benefactores tuvieran un bebé varón. En esta lección, veremos al profeta como *el hombre que hizo vivir a un muerto*. Más adelante, cuando se haga referencia a este suceso, esta clase de terminología se usará una y otra vez:

Habló Eliseo a aquella mujer a cuyo hijo él *había hecho vivir*... (2° Reyes 8.1; énfasis nuestro).

Y mientras [Giezi] estaba contando al rey cómo [Eliseo] *había hecho vivir* a un muerto, he aquí que la mujer, a cuyo hijo él *había hecho vivir*, vino para implorar al rey por su casa y por sus tierras. Entonces dijo Giezi: Rey señor mío, esta es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo *hizo vivir* (2° Reyes 8.5; énfasis nuestro).

Por supuesto, entendemos que fue Dios quien hizo vivir, pero Él lo hizo por medio de Su fiel siervo Eliseo. Antes de poner punto final a la lección, recalcaremos que el mismo Dios que ayudó a la sunamita puede ayudarnos cuando la tragedia llega a nuestra vida.

GOZO Y AFLICCIÓN (4.18–20)

Gozo

Al final de la lección anterior, la mujer acababa de tener su bebé recién nacido. No es difícil imaginar los días que siguieron, cuando la mujer se maravillaba ante cada nueva experiencia, tal como las primeras palabras y los primeros pasos del bebé.

Al comienzo de esta lección, varios años han pasado. Segundo de Reyes 4.18 dice: «Y el niño creció. Pero aconteció un día, que vino a su padre, que estaba con los segadores...». Este versículo podría darnos la impresión de que el muchacho

tenía casi veinte años, o que pasaba de veinte años. No obstante, más adelante descubrimos que todavía tenía edad como para ser sentado en el regazo de su madre, y ser llevado escaleras arriba por su madre (vers.^{os} 20–21). Se le llama «niño» (vers.^{os} 29, 31–32, 34–35). Tal vez tenía unos cuatro a cinco años de edad, suficiente edad para salir corriendo al campo a estar con su padre.

Tres observaciones son necesarias. En primer lugar, el texto no dice que la madre dio permiso a su hijo para ir al campo. Cuando yo tenía tres años, recogía mis libros, salía de la casa de mis padres y caminaba hasta la escuelita donde mi padre era maestro. (Era su primer trabajo como maestro, y estaba muy avergonzado.) El pequeño de nuestro relato puede haber sabido dónde se encontraba su padre y haber salido por la puerta sin que su madre lo supiera. En segundo lugar, aun si el niño fue con permiso de su madre, un criado pudo haberlo acompañado. Tal vez el criado que lo trajo de vuelta (vers.^{os} 19–20) lo había llevado allí. En tercer lugar, por regla general, los niños del campo participan en el trabajo de la finca desde temprana edad. El padre puede haber deseado que su pequeño hijo viera con sus propios ojos lo que implicaba recoger una cosecha.

Como sea que haya sucedido, lo cierto es que el niño fue con su padre, que estaba en el campo con los segadores (vers.^o 18). Era tiempo de siega, uno de los momentos más ajetreados del año, y toda la actividad debió de haber sido emocionante para el pequeño niño. Me lo imagino corriendo para acá y para allá en medio de las plantas de trigo. El padre sin duda, de vez en cuando miraba con cariño al niño habido en su vejez.

Aflicción

De repente, el desastre golpeó. El niño debió de

haberse agarrado la cabeza cuando lloró, diciendo: «¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!» (vers.º 19a). No podemos saber con certeza qué malestar aquejaba al niño. Podemos descartar que fuera una herida en la cabeza, que pudiera haber sido causada por una herramienta de segador, porque el padre sin duda se habría preocupado más por una herida visible. Los comentaristas más antiguos suponen que el niño sufrió de insolación, lo cual es posible en esa región que recibe tanto sol (vea Salmos 121.6; Isaías 49.10). No obstante, Donald Wiseman creía que la insolación «sería rara en los niños aun en la llanura de Esdraelón en tiempo de siega».¹ Hay otras posibles explicaciones médicas, que incluyen un aneurisma y un tumor cerebral.² Cual haya sido la enfermedad, el padre supuso que no había nada malo que la atención amorosa de una madre no podía curar. Él necesitaba quedarse en el campo para supervisar a sus obreros, así que dijo a un criado: «Llévalo a su madre» (2º Reyes 4.19b).

Qué espantoso debió de haber sido para la mujer ver a su hijo cuando era llevado dentro de la casa (vea vers.º 20a). Más temprano ese día, ella lo había visto jugar; había visto sus sonrisas y oído sus risas. Ahora yacía, gimiendo, en los brazos de un criado. El temor debió de haberse apoderado de su corazón, cuando tomó a su hijo en sus brazos y lo sostuvo en su regazo (vea vers.º 20b). No hay duda de que de sus ojos fluyeron lágrimas cuando él gemía, diciendo: «Me duele la cabeza, mamá, me duele la cabeza. ¡Por favor haz que se me quite el dolor!». Me la imagino meciéndose, haciendo los sonidos de consolación que las madres hacen. La imagino aplicando compresas frías y húmedas sobre la frente del muchacho y cubriendo de besos el rostro de él. Me imagino los pensamientos de ella: «¡No puede morirse! ¡Sencillamente no puede morirse! ¡Dios me lo dio! ¡No creo que me lo puedan quitar!».³ Cuán fervientemente debió de haber enviado oraciones al cielo, diciendo: «Dios, ¡no permitas que mi hijo muera! ¡No permitas que mi

¹ Donald J. Wiseman, *1 and 2 Kings: An Introduction and Commentary* (1º y 2º Reyes: Introducción y comentario), Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 204.

² Charles B. Clayton, ed., "headache" («dolor de cabeza»), *The American Medical Association Home Medical Encyclopedia* (*Enciclopedia médica del hogar de la Asociación Médica Estadounidense*) (New York: Random House, 1989), 1:507. Un aneurisma es una inflamación localizada de un vaso sanguíneo; en este caso, se habría tratado de un vaso sanguíneo del cerebro.

³ Adaptado de J. T. Headley, *Sacred Heroes and Martyrs* (*Héroes y mártires sagrados*), rev. y ed. J. W. Kirton (Londres: Ward, Lock, & Tyler, s. f.), 194.

hijo muera!».

A pesar de su amor, a pesar de sus mejores esfuerzos por revivir a su hijo, a pesar de las sentidas peticiones, el niño se puso cada vez más débil. Su llanto fue cada vez más débil, hasta que al final cesó. Dio un último suspiro, y su pequeño cuerpo se puso inmóvil. El texto dice sencillamente: «... estuvo sentado en sus rodillas hasta el mediodía, y murió» (vers.º 20b, c). Los que no creen en los milagros de la Biblia dicen que el muchacho sencillamente perdió el conocimiento, pero «el historiador [inspirado] no pudo haberlo expresado más claramente»: ⁴ «murió» (vea también vers.º 32).

¿Pueden morir los niños, incluso, los niños inocentes? Vemos que ocurre todos los días. ¿Por qué mueren? Porque vivimos en un mundo dañado por el pecado. Hace mucho tiempo, a Adán y Eva se les dijo que si ellos comían del fruto prohibido, ellos morirían (Génesis 2.17). Después de la desobediencia de ellos, «la muerte pasó a todos los hombres» (Romanos 5.12); llegó a ser una condición universal. «... está establecido para los hombres que mueran una sola vez» (Hebreos 9.27). Hay quienes mueren siendo ancianos, otros mueren a la edad media, y sí, algunos mueren en la niñez. Tales tragedias intensifican nuestro anhelo por ese hogar celestial donde «ya no habrá muerte» (Apocalipsis 21.4), donde podemos ser reunidos con los pequeños y preciosos que fueron arrebatados de nuestros brazos (2º Samuel 12.23).

¿UN PLAN Y UN RUEGO? (4.21-31)

¿Un plan?

¿Cómo reaccionó la sunamita cuando se dio cuenta de que su hijo estaba muerto? Era de esperar que se deshiciera en lágrimas. Era de esperar que llamara a sus amigos para que lloraran con ella. Era de esperar que diera instrucciones a sus criados, en el sentido de preparar el cuerpo para la sepultura. En lugar de todo lo anterior, hizo algo bastante extraño: «Ella entonces subió, y lo puso sobre la cama del varón de Dios, y cerrando la puerta, se salió» (2º Reyes 4.21). Deseara saber exactamente por qué hizo eso; deseara saber precisamente qué pensamientos le pasaban por su cabeza en ese momento. Puede que los siguientes comentarios aclaren la situación, y puede que no:

⁴ G. Rawlinson, "2 Kings" («2º Reyes»), *The Pulpit Commentary* (*El comentario del púlpito*), vol. 5, *1 & 2 Kings* (1º y 2º Reyes), ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 66.

1) Es probable que el aposento del profeta fuera una de las pocas habitaciones de acceso prohibido de su casa. La mujer estaba a punto de ausentarse por varias horas. Podía poner el cuerpo de su hijo en el aposento de Eliseo con razonable certeza de que nadie lo molestaría mientras ella estuviera ausente. Por regla general, los judíos sepultaban a sus muertos el día que morían. Tal vez la madre deseaba tener certeza de que no se comenzaran a practicar procedimientos para la sepultura en su niño.

2) He sugerido que el aposento del profeta era probablemente *una* de las habitaciones de acceso prohibido de la casa, pero pudo haber habido otras, tal como el propio dormitorio de la mujer. El hecho de que la madre puso al hijo en el aposento *del profeta* y luego fue a ver al *profeta* sería indicio de que, de algún modo, ella esperaba que Eliseo interviniera.

Tenga presente los anteriores comentarios a medida que seguimos el relato. Después que la mujer puso a su hijo en el aposento del profeta, ella llamó a su marido (vers.º 22a). Tal vez fue al campo donde él se encontraba. Le dijo: «Te ruego que envíes conmigo a alguno de los criados y una de las asnas, para que yo vaya corriendo al varón de Dios, y regrese» (vers.º 22b). La expresión *varón de Dios* (vers.º 9) es la que ella usaba para referirse a Eliseo.

El texto no dice por qué ella deseaba ir donde Eliseo. Después que llegó donde estaba el profeta, ella expresó su desdicha (vers.º 28), pero no hay duda de que no abandonó el cuerpo de su hijo e hizo aquel largo viaje tan solo para quejarse. El hecho de que hizo el viaje tan rápidamente como pudo (vers.º 24) y el hecho de que insistió en que Eliseo volviera con ella (vers.º 30), es señal de que deseaba al profeta en el aposento, junto al cuerpo de su hijo, lo más pronto posible.

En la lección anterior, sugerí que, durante las muchas comidas en la casa de la mujer, es probable que Eliseo hubiera contado historias acerca de su mentor Elías. Si así fue, ciertamente habría dado a conocer uno de aquellos sucesos más asombrosos: Cuando Elías devolvió la vida al hijo de la viuda de Sarepta (1º Reyes 17.17–24). Según los anales bíblicos consignan, nadie había resucitado muertos antes de ese evento, y nadie lo había hecho después de ese evento. Si la sunamita había oído el relato, tal vez tenía esperanza de que Eliseo pudiera repetir el milagro como había repetido otros del ministerio de Elías (compare 2º Reyes 2.14 con 2º Reyes 2.8; compare 2º Reyes 4.1–7 con 1º Reyes 17.8–16). Wiseman estaba seguro de que

«la mujer había perdido a su hijo, pero no su fe».⁵

Cual haya sido la motivación de la mujer, ella pidió a su marido un criado y una de las asnas para poder ir corriendo a Eliseo y volver (vers.º 22b). Al hombre no le sorprendió que su esposa deseara ir al profeta. Lo que le sorprendió fue la hora. Preguntó, diciendo: «¿Para qué vas a verle hoy? No es nueva luna, ni día de reposo» (vers.º 23a). El día de reposo y la luna nueva eran días de actividad religiosa para los judíos (vea Éxodo 20.8–11; Números 29.6; Nehemías 10.33; Salmos 81.3). Se ha sugerido que los fieles de esa región idólatra pueden haberse reunido con Eliseo en esas ocasiones. No obstante, no era uno de esos días especiales, así que al esposo debió de haberle desconcertado el deseo de su esposa de ir al profeta.

La mujer no respondió la pregunta. Ella sencillamente dijo: Todo estará bien (2º Reyes 4.23b).⁶ Hay quienes creen que la expresión «todo estará bien» es prueba de que la mujer no tenía duda alguna de que su hijo sería resucitado, sin embargo, las primeras palabras que ella dijo a Eliseo no reflejan tal clase de seguridad (vers.º 28). Otros creen que las palabras de ella indican que para ella había paz porque el niño estaba con Dios. Es cierto que cuando un pequeño muere, su alma pasa a la presencia del Señor (vea 2º Samuel 12.23), y esto es un gran consuelo a cualquier padre que está de luto. No obstante, como ya se dijo, las palabras que la sunamita dijo después a Eliseo (2º Reyes 4.28) no dan la impresión de que esto era lo que tenía en mente.

En el idioma hebreo, la mujer respondió con una sola palabra: *Shalom*⁷, que básicamente significa «paz»,⁸ se usaba a veces «cuando el objetivo [era] evitar dar una respuesta definitiva a quien fuera, y a la vez dejarlo satisfecho».⁹ Donde yo vivo, tenemos términos vagos que se usan de un modo parecido, tales como «No me hagas caso», «No te preocupes por ello». Los australianos usan la frase «¡Ella estará bien, compañero!» (que significa: «No hay problema, amigo»). La gente tiene expresiones parecidas en todo el mundo.

Hay quienes se preguntan por qué el esposo no

⁵ Wiseman, 204.

⁶ N. del T.: Esta es la forma como se lee en la NASB que usa el autor.

⁷ C. F. Keil y F. Delitzsch, “1 and 2 Kings” («1º y 2º Reyes»), *Commentary on the Old Testament (Comentario del Antiguo Testamento)*, vol. 3, *1 and 2 Kings, 1 and 2 Chronicles, Ezra, Nehemiah, Esther (1º y 2º Reyes, 1º y 2º Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester)* (Peabody, Mass.: Hendriksen Publishers, 1989), 311.

⁸ C. H. Irwin, *Irwin’s Bible Commentary* (Philadelphia: John S. Winston Co., 1928), 116.

⁹ Keil y Delitzsch, 311.

hizo más preguntas. Puede ser que estaba distraído por la urgencia de la siega. Otros se preguntan por qué no inquirió acerca de su hijo. Lo más probable que dio por sentado que su esposa no dejaría su casa si su hijo no estuviera bien.¹⁰ Aparentemente satisfecho con las palabras de ella, concedió su petición. Es probable que el criado y el asna fueran necesarios en la siega, pero él podía arreglárselas sin ellos durante medio día.

Después que la mujer se sentó sobre el asna, ella dijo al criado: «Guía y anda; y no me hagas detener en el camino, sino cuando yo te lo dijere» (vers.º 24). «Guía» significa «guía el asna; tira de ella o aguijonéala y hazla ir tan rápido como puedas». El destino de ella era el monte Carmelo (vers.º 25a). Tenía delante de ella un viaje de veinticinco a treinta y cinco kilómetros y estaba ansiosa por llegar al profeta tan pronto como fuera posible. No sabemos cómo hizo ella para conocer que Eliseo estaba en el monte. Tal vez él se había detenido anteriormente en casa de ella cuando iba en dirección a ese conocido retiro.

Después de andar varias horas, ella llegó al monte Carmelo (vers.º 25a). Eliseo la vio de lejos (vers.º 25b). El profeta pudo percibir que algo andaba mal. Tal vez era la manera como se apremiaba al animal a avanzar; el ritmo de ella se habría considerado poco digno de una mujer de la edad de ella. Cuando nos encontramos con alguien que parece preocupado, nuestro primer pensamiento a menudo es que algo trágico ha sucedido a su familia. Esto fue lo que Eliseo supuso. Le dijo a su siervo Giezi: «He aquí la sunamita. Te ruego que vayas ahora corriendo a recibirla, y le digas: ¿Te va bien a ti? ¿Le va bien a tu marido, y a tu hijo?» (vers.ºs 25c, 26a).

Giezi corrió para encontrarse con ella, pero cuando le hizo las preguntas que Eliseo le dijo; ella respondió sencillamente: «Bien» (vers.º 26b). Una vez más, en el texto original, ella dijo «*Shalom*»,¹¹ y una vez más la respuesta fue deliberadamente vaga. En mi país, cuando una persona pregunta a otra cómo está, la respuesta más común es «Bien». Esto puede significar desde «Estoy bien» hasta «En realidad no estoy bien, pero no deseo hablar de ello». Este último significado sería el que expresó los sentimientos de la mujer en ese momento. Ella no deseaba hablar de sus problemas a nadie

¹⁰ ¿Por qué la mujer ni dijo a su esposo que el hijo de ellos estaba muerto? Tal vez temía que su esposo insistiera en dar inicio a los procedimientos para sepultarlo. Tal vez tenía la esperanza de que podría mostrar a su hijo vivo cuando le contara a su esposo el relato acerca de su muerte.

¹¹ Keil y Delitzsch, 311–12.

más que al profeta.

¿Un ruego?

Cuando llegó a la base del monte, ella subió hasta que llegó a Eliseo. Abrumada por la aflicción, ella colapsó delante de él y «se asió de sus pies» (vers.º 27). Caer a los pies era señal de humildad y dependencia (vea Lucas 5.8; Marcos 5.22; 7.25). Asirse de los pies añadía la intimidad del contacto al gesto (vea Mateo 28.9).

Giezi se horrorizó por la falta de decoro de la mujer. «... se acercó Giezi para quitarla» (vers.º 27b; compare con Mateo 19.13). Eliseo lo detuvo y le dijo: «Déjala, porque su alma está en amargura, y Jehová me ha encubierto el motivo, y no me lo ha revelado» (2º Reyes 4.27b). Era obvio que algo trágico había sucedido a la mujer, pero Eliseo no sabía qué era. Aun los que hablaban por inspiración no eran guiados sobrenaturalmente por Él veinticuatro horas al día.

Cuando por fin la mujer habló, ella dio rienda suelta a su dolor. Dejó salir su pena, diciendo: «¿Pedí yo hijo a mi señor? ¿No dije yo que no te burlases de mí?» (vers.º 28; vea vers.º 16). Ella no había pedido ni esperado a su querido hijo; ¡y ahora este se había ido! A ella «le estaba costando entender por qué el Señor le quitaría aquello que se le había dado como demostración especial de la bondad de Él y de la confiabilidad de la palabra de Él». ¹² En otras palabras, ella estaba diciendo: «No lo entiendo. ¿Por qué me está sucediendo esto?». Eliseo pudo haberse ofendido por las palabras de la mujer, pero no se ofendió. Los que están abrumados por la tristeza a menudo actúan de modo extremo e ilógico en sus arrebatos (vea 1º Reyes 17.18), y él aparentemente entendía eso.

Era obvio, según se desprendía de las palabras de la mujer, que algo terrible había sucedido a su hijo, pero no resultaba claro qué era el problema. ¿Entendió Eliseo que el hijo estaba muerto, o pudo haber pensando que estaba enfermo o herido? ¿Añadió la mujer detalles que no se consignan?¹³ ¿Dio el Señor algún vislumbre adicional al profeta? Son preguntas que no podemos responder con certeza.

Lo que fuera que anduviera mal con el niño,

¹² J. Robert Vannoy, notas sobre 2 Kings (2º Reyes), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)*, ed. Kenneth Barker (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 530.

¹³ El hecho de que Giezi sabía a qué habitación debía dirigirse en la casa para poner el báculo sobre el rostro del muchacho (vers.º 31) puede ser indicio de que la mujer dio detalles adicionales.

algo debía hacerse, de inmediato. Eliseo dijo a Giezi: «Ciñe tus lomos [...] y ve» (2° Reyes 4.29a). «Ciñe tus lomos» significa «Mete el ruedo de tu túnica y en tu cinto [vea la NIV] para que puedas estirar tus piernas y correr» (compare con 1° Reyes 18.46). Eliseo siguió diciendo: «... si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas» (2° Reyes 4.29b; compare con Lucas 10.4). Las ceremonias de saludo a menudo consumían tiempo. El profeta estaba diciendo a su siervo que se dirigiera a casa de la mujer tan rápidamente como pudiera y que no permitiera que *nada* le demorara.

Eliseo dio a Giezi su báculo (vers.º 29a) y le dijo que, cuando llegara a casa de la madre, debía poner el báculo «sobre el rostro del niño» (vers.º 29c). El símbolo de autoridad de Elías había sido su manto; aparentemente, el de Eliseo era su báculo para caminar (compare con Éxodo 4.1–4; 14.16; 17.5–6, 8–13). ¿Por qué dio Eliseo tales instrucciones a Giezi? Algunos están convencidos de que el propósito de Eliseo era enseñar a su siervo y a la mujer una lección, demostrar que tal cosa *no* funcionaría.¹⁴ No obstante, si suponemos que los anales inspirados consignan todo lo que la mujer dijo, y que el Señor todavía estaba «ocultando» de Eliseo la naturaleza precisa del problema (2° Reyes 4.27), es más probable que el profeta creyera que la presencia del báculo *podía* ayudar al niño, cual fuera el problema que tenía.¹⁵ Si esto es lo que estaba sucediendo, entonces envió a Giezi delante de ellos porque el siervo era más joven y más rápido.

La madre entendió las palabras de Eliseo como un indicio de que él mismo no iría a su casa. Tal vez sus ojos se le encendieron cuando dijo: «Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré» (vers.º 30; compare con 2° Reyes 2.2, 4, 6). En otras palabras: «¡No me iré sin ti!». Es probable que el profeta hubiera tenido intenciones de ir a Sunem de todos modos, pero las haya tenido o no, él ahora «se levantó y la siguió» (vers.º 31). Una vez más, vemos a la mujer a horcajadas sobre la bestia, apremiándola a ir hacia adelante, con este detalle adicional: el profeta que trotaba detrás de ellas, tratando de no quedar rezagado.

Mientras tanto, Giezi había llegado a la casa de la mujer, había subido corriendo por las escaleras hasta el aposento del profeta, y «había puesto el báculo sobre el rostro del niño» (vers.º 31b). Es probable que se emocionara por la responsabilidad

que se le había confiado. Qué desanimado debió de haber estado cuando vio que el niño «no tenía voz ni sentido» (vers.º 31c), «ninguna señal de vida» (NEB). Volvió sobre sus pasos hasta que se topó a la mujer y a Eliseo. Me lo imagino moviendo su cabeza cuando le decía a su amo: «El niño no despierta» (vers.º 31d). Tal vez la mujer se dijo en sus adentros: «¡Yo pude haberles dicho que el remedio del báculo no funcionaría! ¡Por esta razón insistí en que Eliseo viniera!».

PRUEBA Y TRIUNFO (4.32–37)

La prueba

La mujer y los hombres reanudaron su viaje. Al final, llegaron a casa. El niño había muerto al mediodía (vers.º 20), después de lo cual la mujer había hecho un viaje de ida y vuelta al monte Carmelo, de modo que habría sido una hora avanzada del día. Por lo general, después de un viaje así, Eliseo habría ido a su aposento a descansar. Esta vez no había tiempo para descansar. Cuando el profeta llegó a su habitación y miró por la puerta «he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama» (vers.º 32). Esta puede haber sido la primera vez que Eliseo estuvo completamente consciente de la gravedad del problema. Debió de haber destrozado su corazón ver aquel precioso niño yaciendo sobre su lecho como si estuviera durmiendo inocentemente.

Eliseo entró en la habitación y cerró la puerta (vers.º 33a; compare con vers.º 4a), dejando afuera a la madre y a Giezi (compare con 1° Reyes 17.19, 23). Cuando estuvo solo con el muchacho, él «oró a Jehová» (2° Reyes 4.33b). Es probable que hubiera estado orando desde que la madre lo halló en el monte Carmelo, pero ahora que había visto la situación, sus oraciones habrían sido más fervientes y centradas.

«Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor» (vers.º 34). ¿Por qué llevó a cabo Eliseo este extraño rito? Es probable que lo hiciera porque esta era la manera como su mentor había resucitado a un niño muerto (vea 1° Reyes 17.21–22). En una lección sobre Elías, escribí lo siguiente en relación con el acto por el cual aquel profeta resucitó al hijo de la viuda de Sarepta:

Recuerde que esto no había sucedido anteriormente [...] Muchos miles de personas habían sido sepultadas, hasta el tiempo de Elías; ninguno había regresado de la muerte a la vida [...] Elías estaba intentando lo imposible [...] Él

¹⁴ Keil y Delitzsch, 312–13.

¹⁵ En una ocasión, hubo prenda que habiendo tocado a Pablo, sanaron a los enfermos (vea Hechos 19.11–12).

no conocía precedente alguno, ni tenía un manual que pudiera seguir...

En vista de que Elías no tenía un manual sobre cómo resucitar a los muertos, es probable que lo que hizo se pueda clasificar en la categoría de «haz lo que puedas». Es probable que le pareció razonable compartir el calor de su cuerpo con él, y eso hizo. Más adelante, después que el muchacho revivió, creo que le impresionó el resultado, le impresionó tanto que se lo contó a Eliseo, y esta es la razón por la que Eliseo hizo lo mismo más adelante (2° Reyes 4). ¿Debía hacerse de ese modo? Es probable que no...¹⁶

Al seguir el relato actual, no pierda de vista el hecho de que Eliseo estaba *orando a Dios* (2° Reyes 4.33). Cuando Eliseo se tendió sobre el niño, realizó un acto que no tenía nada que ver con revivir al niño, como tampoco el acto de golpear el río con una piel de oveja no tenía nada que ver con que las aguas de este se apartaran (2.14) y como tampoco el acto de arrojar sal en las aguas malas no tenía nada que ver con purificarlas (2.21). El poder no estaba en el rito, sino en la relación: la relación de Eliseo con el Señor. El poder venía de su Dios.

El triunfo

Después que Eliseo se extendió sobre el niño, el cuerpo de este «entró en calor» (4.34), pero todavía no había señal de vida. El profeta se levantó de su lecho y se paseó de un lado a otro (vers.º 35a), tal vez preguntándose cuál era el siguiente paso que debía dar. Es probable que sus oraciones fueran cada vez más fervientes. Al final, decidió probar el procedimiento de Elías una vez más. Nuevamente se tendió sobre el pequeño cuerpo (vers.º 35b). Esta vez sus esfuerzos fueron recompensados: «... el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos» (vers.º 35c).

Los autores tratan de encontrar algún significado especial en los siete estornudos.¹⁷ Algunos antiguos comentarios hablan de sustancias venenosas que fueron expulsadas por los estornudos, sin embargo ninguna de las enfermedades fatales comentadas anteriormente, tienen que ver con sustancias venenosas. Si alguna explicación médica es necesaria, recuerde que el niño se enfermó en un campo de siega lleno de polvo, y es probable que sus fosas y senos nasales se le llenaron de polvo y

¹⁶ David Roper, «Qué hacer cuando ya no hay nada que hacer», en «Elías, núm. 1», *La Verdad para Hoy*, p. 21.

¹⁷ «El texto griego [la traducción al griego del Antiguo Testamento] no hace referencia a los estornudos, pero sí indica que Eliseo se tendió sobre el niño *siete veces*» (Clyde M. Tiller, *First and Second Kings [Primero y segundo de Reyes]*, The Living Word Commentary series, vol. 7 [Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1991], 328).

de polen.¹⁸ Otros le buscan un significado simbólico al número siete, que era un número sagrado para los judíos. «Después de todo», dicen ellos, «la gente por lo general solo estornuda dos veces». No obstante, no hay nada en el texto que indique que debamos buscar significados ocultos. Estornudar siete veces es la clase de detalle incidental que relataría un testigo presencial. Es evidente que Eliseo le dijo a Giezi qué sucedió, y el siervo a la vez le contó a otros (vea 8.4–5).

Hay una explicación simple acerca de por qué el texto habla de que el niño estornudó: ¡Esto era prueba de que había vuelto a respirar! No solamente estornudó, ¡sino que también abrió los ojos! ¡Había vuelto la vida a su cuerpo! Por el poder de Dios, ¡Eliseo había «hecho vivir a un muerto» (8.5)! Me imagino al niño sonriendo cuando miraba a su amigo, el profeta, y a Eliseo devolviéndole la sonrisa.

Giezi aparentemente se quedó fuera de la puerta cerrada, en caso de que se le necesitara. Eliseo le dijo: «Llama a esta sunamita» (4.36a). Cuando la madre subía por las escaleras, es probable que ella no sabía qué esperar. Tal vez esperaba que Eliseo hubiera podido repetir el milagro de Elías, pero habría tenido el temor de ser defraudada una vez más. Imagínese el gozo de ella al entrar por la puerta y al apuntarle Eliseo al niño sobre el lecho, ahora vivo, y al decirle el profeta: «Toma tu hijo» (vers.º 36b).

Era de esperar que la madre corriera al lado del lecho. En lugar de ello, colapsó a los pies del profeta con acción de gracias (vers.º 37a). Luego, y no fue sino luego, que ella tomó a su amado hijo en sus brazos (vers.º 37b). Después de esto, el texto dice sencillamente que ella «salió» (vers.º 37), dejándonos a la imaginación las lágrimas de gozo que debieron de haber fluido. Anteriormente, su hijo había sido adorado, pero ahora todo momento que pasara con él era un don especial del Señor. Conforme los días pasaron, al mirar a su hijo crecer en fuerza y estatura, no hay duda de que llenó el cielo con oraciones de acción de gracias.

CONFUSIÓN Y CONSUELO

Confusión

Cuando nos imaginamos a la mujer que perdió a su hijo, y la posterior confusión y aflicción, puede que algunos de ustedes se hayan identificado con ella. Tal vez han sobrevenido tribulaciones a su vida, y a usted le ha costado entender por qué. Puede ser que perdiera el trabajo que necesitaba

¹⁸ Una enfermera de mi clase Bíblica señaló que aun hoy los niños pueden morir de asma, que puede haber sido causada por el polvo del campo de cosecha.

para sostener a su familia. Tal vez las cuentas médicas han consumido todos sus ahorros. Puede que su cónyuge le haya abandonado y le haya dejado solo en la crianza de los hijos. Puede que a usted incluso se le haya muerto un entrañable hijo, como se le murió a la sunamita. Cual sea la tragedia, puede que usted sienta deseos de clamar, diciendo: «¡No lo entiendo! ¿Por qué me está sucediendo esto?».

Consuelo

Si la tragedia lo está desgarrando a usted, podrá encontrar consuelo en dos detalles del texto: 1) Cuando la madre se quejó con Eliseo, el profeta no la reprendió. Cuando usted se sienta abrumado por sus problemas, Dios entiende, y Él todavía le ama. 2) Al final, Dios eliminó la aflicción de la madre y todo se resolvió. No puedo prometerle que el Señor eliminará su problema como lo hizo en 2º Reyes 4.18-37, pero sí puedo prometerle que Él puede darle a usted fortaleza para sobrellevar sus dificultades e incluso triunfar sobre ellas. Dios todavía es el Dios que hace que «todas las cosas [ayuden] a bien» (Romanos 8.28).

Los que han vivido toda una vida de confianza han aprendido un importante principio: *Las cosas no son siempre lo que parecen*. Hace poco oí un relato que ilustra lo anterior.¹⁹ Un hombre que vivió a principios del siglo XX había sido contratado como músico del viaje inaugural de un célebre trasatlántico. Era un gran honor, y estaba emocionado. Envió sus instrumentos musicales delante de él al barco; pero cuando se dirigía hacia los muelles, fue secuestrado y llevado al Oriente. Es inevitable imaginarse cuán negativos debieron de haber sido sus pensamientos, cuando decía: «¿Por qué me está sucediendo esto? Esta era mi gran oportunidad, ¡y mire lo que me sucedió! ¡Esto es lo peor que pudo haber sucedido! ¡Se me arruinó mi vida! ¿Por qué sucedió esto? ¿Por qué?». Con el tiempo, el hombre escapó y logró llegar a China. Allí se dio cuenta de que el barco en que tenía programado estar, el Titanic, se había hundido, resultando en la pérdida de 1.500 vidas.²⁰ No creo

¹⁹ Esta historia me la contó Angi (Roper) Lovejoy, Edmond, Oklahoma, 22 de Julio de 2003. Angi la leyó en una exhibición de objetos relacionados con el Titanic en Oklahoma City, Oklahoma.

²⁰ El Titanic, el barco de pasajeros más grande que jamás se construyó en ese tiempo, se hundió en su viaje inaugural después de golpear témpanos de hielo (14 al 15 de abril de 1912).

que el hombre enviara alguna nota dando las gracias a sus captores, pero ¿no cree usted que cambió su actitud para con la tragedia que le había sobrevenido?

Con los años, he oído a muchos cristianos contar acerca de desastres pasados, y luego añadir que de no ser por esas tragedias, no tendrían sus bendiciones actuales.²¹ A veces incluso concluyen diciendo: «¡Fue lo mejor que me pudo pasar!».

Fueron dos veces en el relato, que la afligida madre dijo frases como «paz» y «bien» (vers.º 26; vea vers.º 23), a pesar de que en su corazón ella *no* sentía que todo fuera «paz» ni que todo estuviera «bien» (vers.º 28). ¿Reflexionó ella más adelante, pensando en lo sucedido, y diciéndose: «En realidad todo *estaba* “bien”, aunque en el momento no me diera cuenta»? Si usted es un fiel hijo de Dios, puede decir con confianza: «¡Todo está bien!», en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier situación.

De paz inundada mi senda esté
o cúbrala un mar de aflicción,
Cualquiera que sea mi suerte, diré:
«Estoy bien, tengo paz, ¡Gloria a Dios!».²²

Mantenga usted su fe en el Señor y siga dependiendo de Él, y estas palabras podrán ser la consigna de su vida: «Estoy bien». Dios encargó al profeta Isaías que dijera «al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos» (Isaías 3.10). Sea usted fiel a su Señor, y podrá tener confianza de que «estará bien en toda época de aflicción, de adversidad o de tribulación que venga; estará bien en el momento de la muerte; estará bien en el día de juicio y en la eternidad que seguirá».²³

CONCLUSIÓN

Al poner punto final, deseo hacer la pregunta que hizo Giezi a la mujer: «¿Te va bien a ti?». ¿Está todo bien entre usted y Dios? ¿Está su alma bien? «Puede que el mundo le sonría, que los amigos le

²¹ Es aconsejable que agregue usted un ejemplo de su propia experiencia o de la experiencia de otro.

²² Horatio G. Spafford, “It Is Well with My Soul” («Estoy bien»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

²³ Henry Blunt, *Lectures on the History of Elisha (Conferencias sobre la historia de Eliseo)* (Philadelphia: Herman Hooker, 1839), 81.

²⁴ *Ibid.*, 79.

adulen, que su propio corazón le engañe»;²⁴ pero si su relación con Dios no está bien, nada en su vida podrá estar bien. ¿Necesita usted venir a Él lleno de amorosa obediencia (Marcos 16.16; Hebreos 5.9) de modo que Él puede tomarle en Sus brazos como hijo Suyo (Gálatas 3.26–27)? ¿Es posible que usted haya sido un hijo desobediente? Si lo ha sido, necesita volver a Él (Hechos 8.22; 1^{era} Juan 1.9). Cual sea su necesidad espiritual, abandónese hoy a Su gracia y misericordia, para que usted también pueda decir: «¡Estoy bien!».

NOTAS PARA MAESTROS Y PREDICADORES

Títulos alternativos para esta lección, incluyen: «Estoy bien», «¿Te va bien a ti?» y «Cómo hacer frente a la tragedia». Es aconsejable que cante «Estoy bien» en relación con esta lección. El versículo 26 del texto podría servir como base de un sermón textual de tres puntos con el título «¿Te va bien?»: 1) «¿Te va bien a ti?»; 2) «¿Te va bien con tu cónyuge?»; 3) «¿Te va bien con tu hijo [o tus hijos]?».

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados